

# Moneda, economía y sociedad\*

## Parte I: El dinero en las *póleis*<sup>1</sup> helenas (siglos VIII–V a.C.)

Miguel O. Socas\*\*

*Todo es cambio; las cosas se tornan fuego y el fuego cosas,  
así como las mercancías se convierten en oro y el oro en mercancías.*  
Heráclito (¿siglo VI a.C.?)<sup>2</sup>

### Resumen

En esta Parte I proseguimos el intento de contribuir a **des-velar** la auténtica naturaleza del dinero, continuando la discusión abierta desde la primera entrega de esta publicación<sup>3</sup>, que deseáramos se inscriba en un proceso de investigación (idealmente interdisciplinario) tan concienzudo como semejante desafío reclama. La insistencia en el enfoque multidisciplinario emerge de manera obvia, pues apenas iniciada la etapa preliminar del estudio se advierte un complejo y dinámico entramado sociocultural, a grandes rasgos coincidente con el (incierto) momento en que la moneda nace y transforma radicalmente la vida de los pueblos de habla helena. Este fenómeno –cuyo estudio complementa los artículos previos antes citados– se desarrolla dentro de un complejo contexto de transición comunitaria: pasaje del bronce al hierro, transformación de sociedades ágrafas que adaptan el alfabeto fenicio para comenzar a expresarse por escrito y organizaciones tribales que inventan nuevos sistemas de participación ciudadana para el gobierno de la *pólis*.

---

\* A José Luis Rodríguez Molinero (1940–2008) In Memoriam, Catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Salamanca.

\*\* Profesor Titular en UCES.

<sup>1</sup> Utilizaremos la voz griega *pólis* (plural *póleis*) en lugar de la aproximación castellana “ciudad–estado” para no entrar en el debate acerca de la exactitud de la traducción, sobre la que los especialistas no han dado su última palabra.

<sup>2</sup> Llanos, Alfredo (1989, p. 144). Por su parte Alberto Bernabé (1988: 139) traduce: “fr. 54 (90) Canje del fuego son las cosas todas, y de todas las cosas, el fuego, igual que las mercancías lo son del oro y el oro de las mercancías”.

<sup>3</sup> Ver Socas, Miguel O. (2010, pp.19–36), Crespo, E. y Cardoso, M. (2011, pp. 43–66).

## Introducción y propuesta de trabajo

### 1. Advertencia preliminar

Iniciaremos nuestra exploración permitiéndonos recordar que el profesor John Kenneth Galbraith (1976, p. 15) con cáustico humor, que algún colega podría quizá considerar impropio en un economista, afirmaba:

*“Los que hablan del dinero e imparten enseñanzas sobre el mismo y gracias a él se ganan la vida, adquieren también prestigio, estimación y recompensa pecuniaria del mismo modo que un médico o un doctor brujo al explotar la creencia de que tienen una relación privilegiada con lo oculto... El estudio del dinero, sobre todos los demás campos de la economía, es uno en el que se usa la complejidad para disfrazar la verdad..., no para revelarla”<sup>4</sup>.*

En este mismo orden de ideas y quizá en relación –no premeditada– con esta cita, en un ensayo anterior<sup>5</sup> me permití plantear dudas sobre el estado actual de los estudios sobre el tema. Preguntaba, al respecto, si no era ya momento de explorar y discutir en profundidad nuevos enfoques, revisando las ideas convencionales, en la creencia de que sigue siendo válida la afirmación que Carl Menger hizo a fines del siglo XIX, destacando la ausencia de una “*satisfactoria teoría del dinero*”<sup>6</sup>. Esta ausencia es grave si tenemos en cuenta “que la función de la teoría económica es la de sirviente de la economía aplicada”<sup>7</sup>.

Proponía en ese trabajo –simplemente como uno entre los muchos puntos de partida posibles– la revisión crítica de la historia de la moneda, en la medida en que dicha historia podría ayudar a comprender la intrincada relación “signo monetario–sociedad”. Como una feliz coincidencia, en el segundo volumen de *Ensayos* de INSECAP tuvo cabida un muy interesante aporte de Crespo y Cardoso<sup>8</sup>, reivindicando los conceptos de la teoría cartalista del dinero con un enfoque muy atractivo, que caracteriza a la moneda como un fenómeno social que precede al desarrollo del mercado y facilitó su expansión.

Por nuestro lado, sin entrar por ahora en otras disquisiciones, consideramos indispensable ampliar el campo de análisis en procura de establecer los distintos y complejos efectos que trae aparejada la invención de la moneda sobre el tejido cultural de las comunidades que la comienzan a utilizar.

---

<sup>4</sup> De cuanta razón tenía el profesor Galbraith da hoy fe la inusitada magnitud de la presente crisis mundial, a la que haremos debida referencia en su oportunidad.

<sup>5</sup> Socas, Miguel O. (2010, pp. 19–36).

<sup>6</sup> Menger, Carl (1892).

<sup>7</sup> Hicks, J.R. (1976, VIII).

<sup>8</sup> Crespo, E. y Cardoso, M. (2011, pp. 43–66).

Como botón de muestra a favor de esta tesis, cabe aquí anticipar que el ensayo de Seaford acerca de la monetización y su influjo en la primitiva *pólis* helena<sup>9</sup>, se propone el desafío de examinar la sugestiva trama tejida por las interacciones entre la moneda acuñada que comienza a circular en el siglo VI a.C. y la transición del pensamiento jónico hacia “algo que podríamos llamar ‘ciencia’ o ‘filosofía’ (o ‘cosmología filosófica’)”.

Pero no se trata aquí de considerar estos acontecimientos a título de meras curiosidades de interés anecdótico, sino de advertir que la correcta percepción del fenómeno monetario ofrece matices a veces inesperados, que son mucho más fáciles de percibir si se los considera desde esta perspectiva<sup>10</sup>.

## 2. El ámbito de la investigación

Se refiere en el presente ensayo al conjunto<sup>11</sup> de las *póleis* de la Grecia que solemos catalogar como Antigua o Arcaica (circa 766–499 a.C.), pues en varias de ellas, entre las que sobresale nítidamente Atenas, la monetización alcanzó un notable grado de desarrollo. Pero antes de entrar en el análisis puntual del fenómeno monetario conviene examinar ciertos aspectos muy particulares de la civilización helénica a los que a veces no les concedemos la debida atención.

No parece legítimo aproximarse a la cultura que todos conocemos como “griega” sin tener en cuenta ciertos puntos que tienen que ver con la heterogeneidad de los contextos prehistórico e histórico a examinar, corriendo con ello el permanente riesgo de juzgarlos desde una perspectiva moderna. Perspectiva en la que muestran vida autónoma disciplinas como la política, la economía y la ética (que en el mundo antiguo estaban subsumidas en ramas del saber de límites bastante difusos) y la tendencia a exaltar como acontecimiento de relevancia histórica irrefutable el triunfo de la razón sobre el mito y lo sagrado.

---

<sup>9</sup> Seaford, Richard (2003, pp. 87–117). Curiosamente el ensayo de Crespo y Cardoso omite toda referencia a la monetización de Atenas y otras importantes comunidades de la Hélade, un proceso del que en apariencia podrían obtenerse algunas conclusiones a favor de la tesis de dichos autores.

<sup>10</sup> Por supuesto que tal revisión no está exenta de riesgos, pues es necesario entender que la índole de la *pólis* y la sociedad que la conformaba no tienen un equivalente directo en nuestras instituciones. Esta circunstancia, que resulta evidente con solo repasar los diálogos platónicos, con mucha frecuencia se subestima, por ejemplo cuando hablamos de la *pólis* ateniense como paradigma de la democracia, entendiendo implícitamente este último concepto desde un punto de vista contemporáneo.

<sup>11</sup> Conviene no olvidar que este conjunto se hallaba integrado nada menos que por 159 elementos, cada uno de ellos una unidad independiente y con Constitución propia. Tal la cantidad que analizó Aristóteles cuando encaró la redacción de una nueva Constitución ateniense.

Este enfoque soslaya la evaluación de hechos muy conocidos que contradicen dicha opinión, entre los que sobresale el juicio a Sócrates por impiedad y otros de intenso contenido teológico, que surgen con absoluta nitidez al repasar las fuentes primarias, ya sean los fragmentos que se atribuyen a los llamados “filósofos presocráticos”, los diálogos de Platón, las obras de Aristóteles, etc.<sup>12</sup>. Prestigiosos cronistas<sup>13</sup> tienden hoy a no prestar demasiada atención a esta circunstancia, como si interpretaran que desde la época de los llamados “siete sabios” (sobre los que no se tiene seguridad de quienes fueron realmente, pues la septena de candidatos mencionados varía en su composición<sup>14</sup>) hasta la Academia y el Liceo, hubiese habido una reacción consciente de lo secular frente a lo sagrado.

Ortega<sup>15</sup>, siempre atento a los matices, anticipaba en 1942:

*“Ya empieza a ser, por ejemplo, de sobra evidente que hemos relegado con exceso lo que en la filosofía de ambos **seguía habiendo** (remarcado por el autor) de religión. No se discute que la filosofía fue, frente a la religiosidad tradicional, **otra** cosa; pero hemos exagerado creyendo que, por ello, no había que contar muy formalmente en Platón o en Aristóteles con la perduración de elementos religiosos. ...Y, sin embargo, el libro X de la **Ética Nicomaquea** y el libro XII de la **Metafísica** lo declaran en tesis solemne donde culmina toda la arquitectura del aristotelismo”.*

Para que el lector pueda comprobar si lo escrito por Ortega refleja correctamente el pensamiento aristotélico, vayamos a la fuente<sup>16</sup>:

*“1072b 25 Es admirable el hecho de que Dios permanezca siempre en ese estado de perfección de que nosotros gozamos rara vez. Pero si la perfección es todavía mayor, es más admirable aun. Esto ocurre de la*

---

<sup>12</sup> Recuérdese el pedido de Sócrates moribundo de sacrificar un gallo para Esculapio (en griego Asclepios), dios de la medicina. Transcribo del final del *Fedón*, donde dice su autor (Platón, 1964: 160): **Tenía ya casi fría la región del vientre cuando [Sócrates], descubriendo su rostro –pues se lo había cubierto–, dijo estas, que fueron sus últimas palabras: –Oh Critón, debemos un gallo a Asclepios. Pagad la deuda, y no la paséis por alto. –Descuida que así se hará –le respondió Critón. –Mira si tienes que decir algo más. A esta pregunta de Critón ya no contestó, sino que, al cabo de un rato, tuvo un estremecimiento, y el hombre le descubrió: tenía la mirada inmóvil. Al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos.**

<sup>13</sup> Véase por ejemplo Vernant, Jean Pierre (2004).

<sup>14</sup> García Gual, Carlos (1996, p. 16)

<sup>15</sup> Ortega y Gasset, José (1955, Tomo VI, p. 382).

<sup>16</sup> Aristóteles, (1986, XII LAMBDA p. 505).

*siguiente manera: la vida pertenece al principio original. Pues la actividad del intelecto es vida, pero el intelecto es precisamente actividad. La actividad de él es la vida superior y eterna. Afirmamos que Dios es un ser viviente, eterno y supremo. De aquí que vida y duración continua y eterna pertenecen a Dios. Eso es precisamente Dios. 30”*

Pareciera que no hace falta ampliación alguna de este comentario, excepto para decir que la referencia a Aristóteles facilita la oportuna introducción al análisis del término griego *ousía* (οὐσία), que según Hernán Zucchi es “la palabra decisiva de la Metafísica” (Aristóteles, 1986, p. 67), palabra que desde épocas primitivas tuvo una significación muy importante, originalmente “bien inmobiliario”, “propiedad”, que algunos autores (como Platón) conectaron con la idea de “hogar”.

Pero el vocablo amplió su sentido y mientras la voz *crematística* se refiere a:

*“una cosa [susceptible de ser] usada, agotada, gastada o consumida; es decir cualquier tipo de tenencia que no es ousía. Ousía es aquello que sostiene, permanece y transforma enfáticamente a su poseedor en alguien. En el vocabulario [griego clásico] del dinero, ousía es a la crematística como todo lo que permanece constante en una cosa es a todo aquello que viene y va. Ousía también trae consigo el sentido de algo que de alguna manera pertenece al común, pero directa y completamente solo a unos pocos”<sup>17</sup>.*

### 3. El problema de las fuentes

Junto a estas precisiones, quizá excesivas, pero que entiendo indispensables para delinear correctamente el escenario global de de nuestro análisis, debemos tener presente que existen muchas limitaciones en cuanto a las fuentes de información disponibles. Como se sabe, no ha sobrevivido ni uno solo de los dichos de Sócrates tal como él los pronunció, pues solo conocemos lo escrito por sus discípulos, con Platón a la cabeza.

Tal como lo consigna Gregory Vlastos:

*“cada generación de investigadores que trabaja sobre Platón debe, en primer término responder a esta pregunta”: “¿Es razonable creer que se puede, a pesar de ello, saber de su pensamiento y sus enseñanzas*

---

<sup>17</sup> “*To chrema* means a thing used, used up, spent, or consumed; any kind of possession, namely, that is not *ousia*. *ousia* holds together, remains, and makes its possessor emphatically somebody. In the vocabulary of money, *ousia* is to *chremata* as whatever remains constant in a *thing* is to all the *onta* that come and go. *ousia* also carries with it the sense of something that belongs somehow to all but directly and fully only to a few.” Sachs, Joe, *Aristotle (384–322 BCE): Metaphysics*, The Internet Encyclopedia of Philosophy, <http://www.iep.utm.edu/>, 10/1/2008.

[las de Sócrates] *algo lo bastante seguro como para hablar con seriedad sobre su filosofía?*<sup>18</sup>.

No menos peligroso es decodificar ciertos conceptos cruciales en clave actual, como es muy frecuente con términos tales como “democracia” (la celeberrima «democracia ateniense» es el caso testigo, cuando se la compara sin matices con el concepto contemporáneo).

Sin entrar, por razones de espacio, en la consideración de palmarias diferencias, por ejemplo entre una democracia directa y otra indirecta, nos limitaremos a recordar que, según Fisichella, la versión antigua de la comunidad privilegia la superioridad del conjunto sobre las partes, considerando el disenso de opiniones y la pugna de intereses como potenciales destructores de la armonía y concordia públicas<sup>19</sup>.

#### 4. *La propuesta de trabajo*

Estas prevenciones no obstan ni menoscaban lo apasionante del desafío, que si bien debe ser enfrentado con la misma precaución con la que intentaba hacerlo Carlos Marx<sup>20</sup>, merece el esfuerzo de una investigación (idealmente interdisciplinaria) todo lo seria y profunda que las circunstancias nos permitan. La conveniencia de que el enfoque de la investigación sea interdisciplinario, conformando un equipo de distintas especialidades y técnicas (como ingeniería<sup>21</sup>, por citar un ejemplo que podría parecer arbitrario) surge casi como reclamo natural, al advertir la complejidad del momento para el mundo heleno, que vivía entre los siglos VIII y V a.C. una transición en la que se entremezclaban los pasajes de la edad del bronce a la del hierro, de una cultura ágrafa a una alfabetizada, de una organización tribal al hallazgo del sistema de participación colectiva que brindaba la *pólis*, estrenando el concepto arcaico de democracia (que como ya explicamos era muy distante del que hoy atribuimos al mismo vocablo).

<sup>18</sup> Canto-Sperber, Monique [Directora] (2000, p. 141 y ss.).

<sup>19</sup> Fisichella, Domenico. (2002, pp. 89-91).

<sup>20</sup> Ver, por ejemplo, la nota 40 en el capítulo IV de Marx, C. (1966, p. 121) “En algunas enciclopedias de la Antigüedad clásica puede leerse el absurdo de que en el mundo antiguo estaba ya plenamente desarrollado *el capital*, con la sola diferencia de que no existían obreros libres ni crédito. También el señor Mommsen incurre, en su *Historia de Roma*, en un *quid pro quo* tras otro”.

<sup>21</sup> Recordemos que la ingeniería en sus orígenes se dividió en las actividades desarrolladas por los militares (la ingeniería militar) y la que no era militar (a la que se la llamó civil). Con la revolución industrial la ingeniería amplió sus campos de acción, y en el diseño, la planeación y la construcción. surgieron nuevas especialidades en la ingeniería, como mecánica, química e ingeniería en minas. Los ingenieros civiles se distinguen, además, por hacer trabajos de topografía, agrimensura, la construcción de edificios, caminos, puentes, puertos y vías de ferrocarril. Son muchas las consultas que los ingenieros ayudarían a responder en materia de uso de recursos y modalidades de trabajo en la Grecia arcaica.

Claro está que estos pasajes no tienen límites temporales o geográficos netos.

Convivieron el bronce con el hierro, aunque las armas de un metal fuesen lo más rápidamente posible reemplazadas por el otro, y ciertas culturas, dependiendo de la disponibilidad de los respectivos minerales, tardaron más que otras en aprovechar las ventajas de las nuevas tecnologías, si es que podemos tomarnos la libertad de hablar de “tecnologías” al uso contemporáneo, cuando hay tanto de arcano e iniciático en el trabajo de los fundidores de bronce y de hierro, obviamente tal como en el resto de las actividades de la comunidad.

Para abreviar lo ingente del tema (otra senda que quedará por explorar en nuestra hoja de ruta), basta con citar a M. Eliade<sup>22</sup>:

*“Se ha observado que en la Grecia arcaica algunos grupos de personajes míticos [atención: estamos frente a divinidades en los cuales por motivos religiosos el pueblo de la Hélade creía entonces a pie juntillas]<sup>23</sup> –Telquinos, Kabiros, Curetas, Dactilos– constituyen a la vez cofradías secretas en relación con los misterios y hermandades de trabajadores de los metales. ... Ahora bien, estos grupos de metalúrgicos míticos tienen puntos de contacto con la magia (Dactilos, Telquinos, etc.), la danza (Coribantes, Curetas), los misterios (Kabiros, etc.) y la iniciación de los jóvenes (Curetas)”.*

Una antropóloga y especialista en estudios clásicos, Sandra Blakely, corrobora lo recién transcrito en una obra<sup>24</sup> que incorpora la más reciente información disponible, diciendo que:

*“Los Dáctilos abarcan un rango semántico que conecta la elaboración del hierro a la magia, lo autóctono, la música y la danza, el orden cosmológico y la fecundidad terrestre. Ellos traen esas asociaciones a los contextos rituales de los misterios y las prácticas mágicas, y representan al tipo de divinidad conocido como daimon, un término cuyo significado incluye desde los muertos deificados hasta los dioses degradados”.*

Es muy interesante su juicio acerca de las dificultades técnicas que debió afrontar:

---

<sup>22</sup> Eliade, Mircea (1959, p. 93 y sig.).

<sup>23</sup> El texto entre paréntesis rectos es del autor.

<sup>24</sup> Blakely, Sandra (2006). Traducción del autor.

*“Los datos son parciales, desiguales y contradictorios, y los puntos de vista de la academia han influido tanto sobre los estudios previos, ajustando (smoothing) los datos para satisfacer (to fit) los modelos<sup>25</sup>, que la distinción entre el material y sus interpretaciones a menudo se obscurece. La separación de las síntesis de las fuentes originales ayuda a restaurar los diferentes límites de los antiguos fragmentos. Esto es lo que una aproximación desde el ángulo de sistemas socio-técnicos precisamente necesita, para trabajar en el ajuste de los datos en su contexto antiguo más que en los modelos de la moderna academia. ... La dificultad [en la interpretación] de los datos es compensada por la oportunidad que brindan los daimones de investigar una única respuesta mitológica a la fuerza histórica y social de la metalurgia, así como sus relaciones con la medicina, la magia, el poder político y la poesía”.*

**En definitiva, mi propuesta en el presente ensayo es que se lo tenga en cuenta como diseño tentativo –e inevitablemente parcial– de una “hoja de ruta”<sup>26</sup> apta para iniciar una investigación integral acerca de la verdadera naturaleza del dinero. Esta tarea, por ahora limitada al espacio heleno<sup>27</sup> y cuya complejidad impone el enfoque interdisciplinario, parecería que debe comenzar con el estudio del trascendente impacto social de la acuñación de monedas, un invento que da insólito impulso y abre nuevas fronteras a la actividad económica y, como consecuencia, simultáneamente provoca transformaciones sustanciales en las pautas de vida de la sociedad antigua.**

## **La Hélade hacia el siglo VII a.C.**

### *5. Las herramientas de análisis*

Como en todo inicio, superada la perplejidad inicial, el primer paso es la selección y análisis preliminar de la información disponible, por un lado cuantiosa en volumen pero, por obvias razones de lo remoto de su cronología, muy pobre en cuanto a documentación primaria fehaciente. Es así que, ante la carencia de fuentes confiables, abundan las opiniones acerca de asuntos en extremo importantes, por ejemplo acerca de cuál puede haber sido la primera autoridad emisora de dinero acuñado y las necesidades a las que atendía<sup>28</sup>.

Mercaderes jonios, banqueros, sacerdotes e incluso los reyes de Lidia han sido considerados en algún momento los “responsables” del invento que

<sup>25</sup> No sé por qué, pero esto me suena conocido.

<sup>26</sup> Con plena conciencia que “el mapa no es el territorio”. Alfred Korzybski (en Bateson, 2001, p. 26).

<sup>27</sup> Recordemos que la invención de la moneda tuvo lugar en tres épocas y culturas diferentes: Asia Menor (Lidia), China e India (Schaps, 2004, p. 2).

<sup>28</sup> Numismatic Museum, *Common currency from Antiquity to the present day*, Atenas, s. f.

desde Jonia “se extendió a través del Egeo hasta Egina, Eubea, Corinto y Atenas, y poco más tarde se introducía en las colonias griegas de Italia y Sicilia. De este modo la sociedad griega fue la primera que se fundaba en la economía dineraria”<sup>29</sup>.

Algunas de las diferentes estimaciones cronológicas indican la siguiente ubicación temporal aproximada: **Lidia** c. 687 a.C. (trozos de metal con la marca real) y 640–630 a.C. (primeras monedas acuñadas); **Egina** c. 595 a.C.; **Atenas** c. 575 a.C., **Corinto** c. 570 a.C.

Cabe mencionar que las primeras “lechuzas” o “búhos” atenienses, la más famosa moneda de la época, se produjeron hacia el año 546 a. C. bajo la tiranía de Pisistrato, con mineral de plata procedente de la mina de Laurión, sita a unos 40 Km. al sur de la ciudad<sup>30</sup>. Según resume Thomson en la obra citada (y analiza en detalle Marc Shell<sup>31</sup>) se produce una transformación que el hecho mismo de la existencia de esta nueva forma de dinero contribuye a evidenciar: **se modifican las relaciones sociales** ante la penetración de formas productivas y de intercambio que alteran valores tradicionales de la comunidad.

Al mencionar (muy desordenadamente) todas estas referencias, no es mi propósito encarar el desarrollo pormenorizado de una cabalgata pseudo histórica, que estaría fuera de lugar en esta propuesta, sino simplemente apuntar algunos –pocos, pero entiendo que relevantes– aspectos, entre los numerosos ejemplos que considero dignos de aportar al más amplio debate de ideas y objetivos que sería de desear quedarse ya abierto.

#### 6. Algunas controversias y problemas significativos

Para autores como Austin y Vidal–Naquet<sup>32</sup>, además de ser muy reciente (finales del siglo XIX), el intento de integrar la dimensión económica a la historia de la Hélade antigua adoleció de importantes fallas de método, pues: “Conceptos y terminología de la historia económica contemporánea eran aplicados literalmente al mundo griego.” Con ello “El problema quedaba acorralado (y así ha permanecido todavía mucho tiempo) en la alternativa de si la economía griega era moderna o primitiva”.

Tampoco aquí se puede entrar en detalles acerca del debate entre modernistas y primitivistas (sic) de la escuela histórica alemana, parcialmente

---

<sup>29</sup> Thomson, George (1975, p. 225).

<sup>30</sup> Davies, Roy & Glyn Davies, 1996 & 1999. Basado en: Glyn Davies (1996). Sitio en Internet: <http://projects.exeter.ac.uk/RDavies/arian/amser/chrono9.html>

<sup>31</sup> Shell, Marc (1981, I El anillo de Giges, pp. 28–128).

<sup>32</sup> Austin, M. y Vidal–Naquet, P. (1986, p. 17 y sig.).

resuelto por el prestigioso sociólogo alemán Max Weber, que rechazaba esta disyuntiva como falsa, ni en una exposición siquiera sintética de la obra del historiador y antropólogo húngaro-americano Karl Polanyi, que analizó el lugar que ocupa la economía en las sociedades humanas, diferenciando la sociedad moderna de las demás sociedades, en particular las “primitivas” y “arcaicas”. En base a la aplicación de este enfoque, Austin y Vidal-Naquet optan por considerar que *“la economía en Grecia se halla «integrada» en la sociedad”* (1986: p. 23).

Seguramente el lector se preguntará si no es esta una **interpretación** obvia para cualquier sociedad en cualquier momento de su desarrollo, al margen de lo que la “academia” dictamine por comodidad pedagógica, pero –como suele decirse– esa es otra historia. Y al hablar de **interpretación**, es imposible soslayar el concepto de *hermenéutica* (del griego ερμηνευτική τέχνη, hermeneutiké tejne, o sea el “arte de explicar, traducir, o interpretar”) que podría definirse aproximadamente como la ciencia y arte de las múltiples formas de **interpretar la realidad** y determinar el significado exacto de las palabras mediante las cuales se ha expresado un pensamiento.

En este contexto prefiero optar por la posición de Friedrich Schleiermacher, filósofo que vivió entre 1768 y 1834, para quien la hermenéutica no es un saber teórico sino práctico, esto es, la praxis o la técnica de la buena interpretación de un texto hablado o escrito.

Concluida esta digresión aclaratoria, podemos volver al planteo por el cual se postula que *“la economía en Grecia se halla «integrada» en la sociedad”*, planteo que se insiste podría parecer implícitamente una perogrullada para quienes piensen que la autonomía de las ciencias económicas se da únicamente en el plano académico, pero que para Austin y Vidal-Naquet, seguidores de las ideas del ya citado Polanyi, comporta una diferencia substancial con la economía moderna, que se *“puede estudiar aisladamente a partir de los conceptos formulados para su exclusiva competencia: la economía es un dominio que obedece a sus propias leyes”* (1986, p. 22). De todas maneras, esta postura permite un avance sustancial, a partir de que de entrada se advierte que el concepto de **economía** en sentido moderno no puede traducirse al griego clásico, porque no existe un término equivalente. En efecto, es bien sabido que aunque **oikonomia** sea su origen etimológico, la palabra griega primitiva solo significa “administración del **oikos**” (hogar o propiedad familiar), que por extensión se utilizaba para hablar de los asuntos de la ciudad. El Sócrates que evoca Jenofonte, hasta cierto punto rivalizando con el de Platón, ayuda a dimensionar la distancia a la que se halla nuestro pensamiento de los razonamientos que dicho autor pone en boca del filósofo ateniense:

*“B –La economía –dijo Sócrates– nos pareció que era, desde luego, el nombre de un saber, y este saber resultó ser el que permite a los hombres acrecentar su hacienda (**oikos**); y nos pareció que la hacienda era lo mismo que la totalidad de las propiedades, y definimos como propiedad lo provechoso para la vida de cada cual; y descubrimos que era propiedad todo aquello de que se supiera hacer uso. Y nos pareció también que no era posible, sin duda, aprender todos los saberes, pero en nuestro examen rechazamos, de acuerdo con las ciudades, las llamadas artes manuales, porque estragan los cuerpos y corrompen las almas”.*

Evadiré aquí toda discusión sobre *“las llamadas artes manuales”*, limitándome a señalar que en el mismo plano de palmaria incongruencia de conceptos se encuentra la esclavitud, que aun no pudiendo ser justificada lógicamente fue aceptada como inevitable, ocupándose nada menos que Aristóteles de la demostración que la antítesis “amo–esclavo” era un dato de la naturaleza y que lo mismo que unos eran amos, otros habían nacido para ser esclavos<sup>33</sup>. De ahí que resulte vano investigar la posible existencia de un enfrentamiento de clases en el plano de la relación de la esclavitud, pues esta confrontación se materializa en el antagonismo entre la minoría propietaria y la mayoría de ciudadanos sin propiedades, al menos en ciudades como Atenas, en la que solo los ciudadanos eran parte de la comunidad. Adviértase que a esta altura de la exposición todavía resultan escasas las referencias directas relativas al dinero y sus funciones en la sociedad griega clásica, circunstancia que el autor aspira que el lector entienda como lógica ante la necesidad de describir en primera instancia, aunque fuese a grandes (y muy groseros) trazos, el escenario en el que habrá de aparecer el metal acuñado, aproximadamente en el siglo VII a.C.

Detalle no menor en dicho escenario es que la lucha de los desposeídos, por lo que hemos visto, nunca fue por condiciones de trabajo ni salarios, pues desde el punto de vista económico convencional no existían mercados donde obedeciendo a la “ley” que en teoría las gobierna, la oferta y demanda pujaran hasta determinar los precios de equilibrio. ¿Tiene esta conclusión validez absoluta? ¿Pondremos el constructo intelectual por encima de los hechos, cuando en verdad pareciera que se prefiere partir de la teoría para explicar los hechos, y no de los hechos para generar la teoría? Al respecto parece oportuno ahora citar un fragmento de *Pluto* (nombre del dios heleno de la riqueza y título de la obra teatral de Aristófanes), que trata precisamente de este tema, mostrando que sus aristas son de muy compleja interpretación. Dialogan un anciano ateniense (de nombre Cremilo) y la personificación de la Pobreza:

<sup>33</sup> *Política*, I, 1254 a 22.

**La Pobreza** –Porque si Pluto recobra la vista y distribuye sus favores con igualdad, nadie querrá dedicarse a los oficios ni a las ciencias. Y una vez suprimidas estas dos condiciones de la existencia, ¿habrá quien quiera forjar el hierro, construir naves, coser vestidos, hacer ruedas, cortar cueros, fabricar ladrillos, curtir? ¿Quién querrá recoger en verano los frutos de Deméter, hendiendo con el surco la dura tierra, pudiendo todos vivir en la holganza y desdeñar el trabajo?

**Cremilo** –¡Necesades! Todos esos oficios que acabas de decir los ejercen los esclavos.

**La Pobreza** –¿Y cómo tendrás esclavos?

**Cremilo** –Los compraremos.

**La Pobreza.** –¿Y quiénes serán los primeros vendedores, si todos tiene dinero?

**Cremilo** –Cualquier codiciosa comerciante a su vuelta de Tesalia, donde hay muchos traficantes en esclavos.

**La Pobreza** –Pero, según tu propio sistema, no habrá ningún mercader de esclavos. ¿Qué hombre rico arriesgará su vida en semejante tráfico? Por consiguiente, viéndole obligado a cavar la tierra y a otros trabajos igualmente penosos, pasarás una vida mucho más angustiada<sup>34</sup>.

Tras este brevísimo, e inevitablemente incompleto, esbozo descriptivo de alguno de los aspectos de las actividades económicas de la sociedad helena, fundamentalmente ateniense, debo dejar debida constancia de que en él existen omisiones importantes, como la atinente a la posición notoriamente inferior de la mujer o la mención de casos tan especiales como el de la comunidad espartana (en la que, por el contrario, el papel femenino era preponderante, y entre otras diferencias notables con el resto de Grecia, existía –nada menos– la prohibición de la moneda acuñada con metales preciosos).

Pese a estas limitaciones, que hallan su justificación en las dimensiones propias de un ensayo, quizá sea momento oportuno para comenzar a referirnos a los orígenes de la acuñación.

## **La moneda en Grecia**

### *7. ¿El más importante invento de la humanidad?*

Las primeras experiencias en la fabricación de moneda (¿paradójicamente?) se habrían registrado no en las **póleis** continentales sino en el occidente de Asia Menor, hallándose bajo discusión –como ya dijimos anteriormente– si ello ocurrió en las regiones del reino de Lidia o en alguna de las ciudades de Jonia sobre la costa del mar Egeo, en lo que hoy es territorio turco, hacia la segunda mitad del siglo VII a.C. Aunque sea imposible encontrar una

<sup>34</sup> *Pluto*, pp. 510–526.

respuesta fundada en hechos o supuestos confiables es obvio que el interrogante que nos hacemos es ¿a qué responde la invención de la moneda?

Destaca Schaps (2004, p. 1) que en situaciones ocasionales el éxito de una invención humana es tan absoluto que provoca el cambio permanente de los modos en que piensa la sociedad. Se convierte así en parte esencial del mundo, la vida ya no puede concebirse sin él y se tiende a imaginar que algo hubo de existir en las épocas previas al invento en cuestión que, aún en forma primitiva, cumplía con alguna de las funciones que son satisfechas por la nueva invención. Desde el alfabeto hasta los teléfonos celulares hallamos elocuentes ejemplos de tal aserto, en una lista en la que la invención del dinero ocupa una plaza de excepcional importancia, porque quizá sea –como lo sugiero en el título del presente apartado– el más trascendente invento de la humanidad.

Antes de seguir adelante, un hecho debe quedar meridianamente en claro: se puede vivir sin esos inventos, pues convengamos junto con Schaps (2004, p. 2) –que se refiere a casos como los de la escritura, el reloj a cuerda y la acuñación de la moneda– en que no son parte esencial de la condición humana.

Para aclarar el punto tómesese el caso de la escritura, que suele integrar los términos de una ecuación en la que la capacidad de escribir se equipara a niveles de cultura más altos que los de las sociedades ágrafas, menospreciando implícitamente las figuras de los que solo se manifestaron por la vía oral, como Sócrates y Jesucristo, por citar los primeros que vienen a mi memoria en este instante.

#### 8. *El advenimiento de la escritura*

El plantear la situación de la escritura no es un hecho casual, teniendo en cuenta que no solo sería difícil imaginar la invención de la moneda en una sociedad ágrafa, tal como la que describe Havelock en las dos obras que me han servido de referencia en el tema<sup>35</sup>, sino también porque mi intento es el de mostrar cómo se articulan en un mismo origen histórico coetáneo y coespacial la escritura, la evolución de las instituciones políticas, la metalurgia, la moneda acuñada y la filosofía de la Hélade.

En lo que hace a la escritura, manifiesta nuestro autor:

*“Lugar común donde los haya es observar que la «invención» de la escritura o, dicho con más precisión, la transición de una sociedad carente de escritura a otra en la que toda –o casi toda– manifestación lingüística relevante se*

<sup>35</sup> Havelock, Eric A. (1996 y 2002).

*efectúa por medios escritos supone una transformación radical de todos los aspectos de la vida social y del pensamiento: ni la religión ni la literatura, ni las ciencias ni el derecho, tal como los venimos entendiendo los «civilizados» desde hace más de dos mil años –desde que hay propiamente «historia», otro concepto indisoluble de la expresión escrita– serían concebibles sin la intervención de la escritura” (Havelock, 1996, p. 11).*

Agrego que tampoco puede imaginarse sin ese sostén la invención de la moneda, que –repárese en esta curiosa circunstancia histórica– fue la primera “publicación” o “impresión” que circuló masivamente. R.J. Turgot (1727–1781), un economista y hombre público francés (que fue ministro de Hacienda de Luis XVI) estuvo entre los primeros en advertir la analogía entre la ceca y la imprenta. A mediados del siglo XVIII formulaba una reflexión que no solamente nos sirve para referirnos a este especial paralelismo, sino también incidentalmente para alertarnos respecto a cuán diferentes son las velocidades de los tiempos históricos que venimos analizando. Decía Turgot: *“¡Qué lentos son los más mínimos adelantos de cualquier tipo! Desde hace dos mil años las medallas presentan a ojos vistas caracteres impresos en el bronce y solo después de tantos siglos se le ocurre a un personaje oscuro que se puede imprimir sobre el papel”*<sup>36</sup>.

En efecto, el troquel superior usado por el acuñador o la marca estampada en las monedas (*charaktêr*) o en las medallas, fueron precursoras de la palabra impresa y materializaron por vez primera la transformación de una simple mercancía metálica en un signo de dinero, sin que resultase claro para los primeros acuñadores que al imprimir “símbolos verbales en los símbolos monetarios” (Shell, 1981: 135) estaban inaugurando el ámbito de una discusión que, iniciada con los primeros sabios y filósofos griegos hacia el siglo VI a.C., sigue vigente e irresuelta aun a comienzos del tercer milenio, sin que la teoría monetaria contemporánea haya contribuido demasiado a dar las respuestas pertinentes.

Téngase en cuenta, de paso, que en esta somera descripción queda implícita la existencia de uno (o varios) sistema(s) numérico(s), con base *“en el principio de adición, de manera parecida a los números romanos. Esto significa que 8 es sencillamente  $\Gamma$  III, el símbolo para cinco seguido de tres símbolos para uno”*<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> Shell, Marc. (1981, p. 130, nota 3).

<sup>37</sup> O’Connor, J.J. y Robertson, E.F. artículo en *MacTutor History of Mathematics Archive* ([www.astroseti.org](http://www.astroseti.org)).

Circunstancia a tener en cuenta: no eran números abstractos, pues los antiguos griegos diferenciaban su uso según a qué se referían, si bien el caso más frecuente era la aplicación a cantidades monetarias<sup>38</sup>.

### 9. Geografía de la monetización primitiva

Según las conclusiones de Schaps (2004, p. 2) esta invención apareció en tres diferentes lugares y tiempos: Grecia<sup>39</sup> o Asia Menor (Lidia), India y China, con la particularidad de que fue en la mayoría de las ciudades-estados de la Hélade antigua donde habría alcanzado un mayor influjo, al punto que se considera fueron las primeras sociedades en las que el proceso de monetización afectó a todas las capas sociales y originó consecuencias más trascendentes.

Como en el caso de algunas otras grandes invenciones, agrega el mismo autor, fue una evolución derivada de variados precedentes y su éxito obedeció a que vino a satisfacer una necesidad vital de las comunidades que sabemos fueron sus primeras usuarias.

Su influjo en la transformación de los usos y costumbres de la humanidad fue tan radical que hoy resulta casi imposible imaginar el funcionamiento de un mundo sin dinero, de la misma manera que –por esa misma razón– nos resulta difícil captar en toda su magnitud los efectos que provoca en nuestras vidas, efectos que van mucho más allá de la esfera económica.

Volvamos ahora a echar una rápida mirada sobre lo que pensaban los propios griegos acerca de dónde y cuando apareció la acuñación, que de acuerdo a lo estudiado por Mark Shell<sup>40</sup> “concentran su atención en épocas hipotéticas o míticas en las cuales suponen que se originó la moneda, como lo hace Heródoto de Halicarnaso –el “padre de la historia”– cuando expresa<sup>41</sup>:

*“XCIV. Los Lydios se gobiernan por unas leyes muy parecidas a las de los Helenos, a excepción de la costumbre que hemos referido hablando de sus*

---

<sup>38</sup> Agreguemos que la unidad monetaria básica era el ó o la dracma; el talento equivalía a 6.000 dracmas y el dracma se subdividía en óbolos (1/6 de dracma) y en chalcos (1/8 de óbolo). También se usaban medios y cuartos de óbolo. Un sistema similar regía para los pesos y medidas, que se supone fue el origen de la aplicación a los valores en dinero pues dracma también es el nombre de la unidad de peso. Fuente: ver nota 35.

<sup>39</sup> Para ser más precisos, primero en los asentamientos de colonias griegas en Jonia y luego en el continente europeo.

<sup>40</sup> Shell, Marc (1981, 28 y sig.).

<sup>41</sup> *Los nueve libros de la historia*, I. XCIV, p. 106.

*hijas. Ellos fueron, al menos que sepamos, los primeros que acuñaron para el uso público la moneda de oro y plata, los primeros que tuvieron tabernas de vino y comestibles, y según ellos dicen, los inventores de los juegos que se usan también en la Hélade, cuyo descubrimiento nos cuentan haber hecho en aquel tiempo en que enviaron sus colonias a Tyrseña...”*

Cabe resaltar que las más recientes investigaciones parecen confirmar esta aseveración, precisando que el metal empleado por los lidios fue el electrum o electrón, una aleación natural de oro (45/55%) y plata, que arrastraba el río Pactolo en forma de arenas y pepitas con trazas de cobre y otros metales.

#### *10. La moneda y los tiranos: una temprana relación*

Un aspecto curioso pero a la vez testimonio de la ya planteada como obvia interacción de las condiciones de la economía y las respuestas políticas de las sociedades ante esos estímulos, es el que señala Shell (1981: 30): “*Así como se asociaba la acuñación con los lidios, también se asociaba a ellos la tiranía política, ‘fenómeno tan importante en la historia de la cultura como en el desarrollo del estado griego’. La palabra misma **tyrannos** tiene un origen lidio.*”

En una nota al pie (la número 6, cap. I, en p. 31) este autor indica que los estudiosos en la historia de Grecia concuerdan en afirmar que tales acontecimientos fueron acompañados en el siglo VI a.C. por “*una revolución en la concepción de la naturaleza*”. Afirma, en nota 9, también en p.31, que existiría un estrecho contacto entre el surgimiento de la acuñación y el de las tiranías, basándose en los datos que aporta Peter N. Ure, quien aporta los ejemplos de los tiranos Pisístrato (en Atenas), Polícrates (Samos), Giges (Lidia), Midas (Frigia), Feidón (Argos) y Cipselo (Corinto), mientras que en estados en los que la moneda no se introdujo, al menos bajo la forma de acuñación con metales preciosos (cita a Esparta y Tesalia), no hubo tiranía<sup>42</sup>. Por comprensibles razones de espacio debo abandonar aquí este tema, que considero merecedor de un estudio dedicado íntegramente a explorarlo en todas sus facetas.

Sin perjuicio de ello, debemos comenzar a adentrarnos en las preocupaciones centrales de esta investigación, que irán desde algunas breves pero indispensables referencias de carácter numismático acerca del proceso de

---

<sup>42</sup> Pero, nuevamente, cuidado con la evolución del significado de las palabras: ni **democracia** ni **tirano** tenían en la Hélade los significados que hoy les atribuimos. Por lo que respecta a los tiranos, según Tucídides, “*todos los que estaban establecidos en las ciudades griegas, mirando solo por sus intereses, tanto por su seguridad personal como por el engrandecimiento de su propia casa, gobernaban las ciudades con la máxima prudencia posible, ... ciertamente estos tiranos dieron pruebas de virtud e inteligencia durante mucho tiempo, y, exigiendo a los atenienses tan solo la vigésima parte de sus productos, embellecieron magníficamente su ciudad, llevaron a término las guerras y sufragaron los sacrificios de los templos*” Tucídides (1990).

acuñación, principalmente en el estado ateniense, hasta la referida al papel de precursor que asume Heráclito en cuanto a la comprensión del fenómeno monetario y sus repercusiones en la Hélade clásica.

### 11. El contexto histórico en tiempos de las primeras acuñaciones

La invención de la moneda a mediados del siglo VII a.C. en la región de Lidia y Jonia ha sido considerada como la culminación de milenarias experiencias de transacciones comerciales<sup>43</sup>. El uso de metales como medio de cambio –según las mismas fuentes– se remonta a una época tan temprana como el tercer milenio a.C. y se lo atestigua junto con otros bienes de origen animal y vegetal. Por supuesto, la conveniencia del nuevo invento (el valor intrínseco del metal acuñado y el **sello** de la autoridad emisora que garantizaba dicho valor)<sup>44</sup>, facilitó decisivamente el desenvolvimiento de las economías que hoy designaríamos como domésticas y el acelerado crecimiento del intercambio con otros pueblos, dando lugar a la formación de zonas de influencia y al predominio de determinados signos monetarios.

La magnitud del impulso se hace difícil o mejor dicho imposible de apreciar, sobre todo cuando se difundió entre las ciudades–estado griegas la decisión de fabricar sus propias monedas. El **sello** que daba legitimidad y carácter público a esos objetos de metal, convirtiéndolos en **moneda** (*nomos, nomisma*), identificaba a las distintas autoridades emisoras, ciudades–estado o incluso tribus, cada una de las cuales tenía sus propios estándares de peso del metal empleado, generalmente basado en los respectivos sistemas utilizados para medir su producción agraria.

Las *póleis*, como unidades independientes –especialmente cuando alguna adquiría supremacía respecto a sus pares– advirtieron la conveniencia de imponer al resto su propia política monetaria, buscando que las transacciones internacionales se hiciesen utilizando su “moneda nacional”. Estos procesos dieron lugar a la natural emergencia de zonas geográficas de influencia monetaria, cuya evidencia histórica deriva de variadas fuentes de información: fragmentos literarios, inscripciones y por supuesto el hallazgo arqueológico de las propias monedas –y, atención, sus imitaciones– que permite estimar aproximadamente sus áreas de circulación.

Quizá sea Egina la primera *polis* cuya acuñación circuló internacionalmente. Las *tortugas*, acuñadas en plata y así llamadas por tener estampado ese animal –símbolo de la ciudad– en su cara, fueron encontradas en incontables tesoros personales con fechas de enterramiento desde mediados del siglo

<sup>43</sup> Numismatic Museum, *Common currency from Antiquity to the present day*, Atenas, s.f.

<sup>44</sup> Es de tener en cuenta que se han encontrado objetos de metal con **sello**, intercambiados en tiempos anteriores a la invención de la moneda.

VI a. C. hasta las primeras décadas del V a. C., en el continente y las islas helenas, y también más hacia el Este. Razones de su difusión pueden hallarse en su intensa actividad comercial y en la habilidad política con la cual se aseguraron la posesión de minas de plata y la adecuada oferta de moneda, explotando las ventajas derivadas de su control.

El caso de Atenas<sup>45</sup> merece especial atención, pues esta polis pasa de una política monetaria centrada en los mercados domésticos, posible fruto de la preocupación fundamental en la etapa de las tiranías por el acontecer local, a una propagación para aquel entonces llamativa en extensas zonas de la cuenca mediterránea.

Las primeras emisiones de la ceca (casa de moneda) ateniense, c. 550–540 a.C. según los especialistas del Museo Numismático de Atenas, fueron las llamadas “monedas heráldicas”, en su mayoría hemidracmas de plata y moneda fraccionaria; unos pocos tetradracmas se emitieron más tarde (c. 530 a.C.). La misma fuente agrega que las representaciones en el anverso de los pequeños discos (cospeles) de plata de esas tempranas operaciones de acuñación incluyen ánforas, cabezas de toro, de lechuza, una rueda, un hueso astrágalo, etc., motivos en general relacionados con la mitología (sic), el comercio y la riqueza agropecuaria de la región.

¿Qué es lo que suena extraño en esta somera descripción de las principales características del metal amonedado? ¿Motivos relacionados con la **mitología**? ¿Corresponde utilizar ese término sin establecer matices esenciales cuando se habla de las representaciones de los personajes y símbolos que para nosotros hoy son obviamente mitos, pero eran sagrados para el heleno en ese momento?

Esto pareciera como mínimo una distracción, distracción que omite señalar a la atención del lector casual que la moneda griega no era simplemente una herramienta secular de comercio, sino que –como no podía ser de otra manera– participaba del carácter religioso predominante en las actividades de los ciudadanos de las *póleis*.

Algunas opiniones hablan de que no estaríamos ante un nuevo modo de facilitar las relaciones comerciales, sino que la religión le daba un valor institucional y una protección sagrada, mística, pues el intercambio (no el comercio, como ya se verá) era propiciado por los dioses, con un fin último espiritual.

---

<sup>45</sup> Numismatic Museum, *The coinage of Athens*, Atenas, s.f.

12. “La guerra de todos es padre, de todos rey”<sup>46</sup>

No pensemos por esto en una situación social idílica ni mucho menos. Cito al profesor A. R. Poratti<sup>47</sup>:

*“El mundo griego se compone de innumerables ciudades–estados o **póleis**, siempre sumidas en conflictos internos: se llama ‘libertad’ al derecho de llevarlos adelante sin injerencias externas. ... La **pólis** arcaica se prueba, a comienzos del siglo V a.C., en la hazaña de rechazar la invasión del enorme Imperio Persa; pero tras ella, aparece la política imperialista: de ahí en más, algunas ciudades se transforman en potencias y tienden a crear zonas de influencia; especialmente Atenas, que domina militar y comercialmente el mar y somete a muchas ciudades so pretexto de alianza preventiva”.*

Para insistir poco más adelante en que nunca existió la armónica vida política y espiritual griega inventada por el romanticismo alemán: la historia real siempre fue conflictiva y cruel. Recuerda al respecto el célebre diálogo durante el sitio y toma de Melos que relata Tucídides (¿460?–¿399? a.C.), ciudad cuyos habitantes invocaban la justicia de los dioses para no someterse, a lo cual los atenienses responden:

*“tampoco nosotros desconfiamos de la bondad y benignidad divina, ni pensamos que nos ha de faltar, porque lo que hacemos es justo para con los dioses y conforme a la opinión y parecer de los hombres, según usan los unos con los otros; **porque en cuanto toca a los dioses, tenemos y creemos todo aquello que los otros hombres tienen y creen comúnmente de ellos**; y en cuanto a los hombres, bien sabemos que naturalmente por la necesidad, el que vence a otro le ha de mandar y ser su señor; y esta ley no la hicimos nosotros, ni fuimos los primeros que usaron de ella, antes la tomamos al ver que los otros la tenían y usaban, y así la dejaremos perpetuamente a nuestros herederos y descendientes. Seguros estamos de que si vosotros y los otros todos tuviesen el mismo poder y facultad que nosotros, haríais lo mismo. Por tanto, respecto a los dioses, no tememos ser vencidos por otros, y con mucha razón”<sup>48</sup>.*

¿Si esto no es “realpolitik”, qué es? ¿Maquiavelo no leyó al griego Tucídides? Digamos con U. Eco que este sigue siendo un pasaje sobre el que hay que meditar y que seguirá teniendo siempre una modernidad triste y perturbadora,

<sup>46</sup> Heráclito, fragmento 53. Bernabé, A. (1988, p. 136).

<sup>47</sup> Poratti, Armando R. (2000, p. 77 y sig.).

<sup>48</sup> Tucídides (1998, pp. 268-275).

pero en el que, lamentablemente, el espacio de que se dispone no permite detenernos<sup>49</sup>.

Es tentador preguntarse cuál fue el influjo de la moneda como motor de estos avances del imperialismo ateniense. Es de recordar que el fenómeno de la acuñación se da algo tardíamente en el Ática, que constituye un escenario relativamente atípico, pues la economía tenía su sustento mayoritario en las actividades agrarias. Al respecto, la opinión predominante es que el dinero acuñado originó el paulatino endeudamiento de los pequeños propietarios, que perdieron sus tierras hipotecadas a manos de sus acreedores, quienes se beneficiaron de un acontecimiento inédito: la posibilidad de una acumulación por encima del límite natural de la riqueza agraria. Se estaría contradiciendo así la tradición hesiódica<sup>50</sup>, pues:

*“No se trata de arrebatar las riquezas, los dones dados por los dioses son mucho mejores, pues si alguien con sus manos adquiere a la fuerza una gran fortuna o se la procura por su lengua, como sucede muchas veces, cuando el deseo de ganancia engaña la mente de los hombres y desvergüenza ahuyenta a honradez, fácilmente a este los dioses le debilitan y arruinan la casa de ese hombre y por poco tiempo le acompaña felicidad.” (320/325). No olvidemos que nos mira: “El ojo de Zeus, que todo lo ve y todo lo comprende” (pp. 265-270).*

Estas afirmaciones hacen necesario detenerse por un momento en el análisis del tema, pues es obvio que la idea del dinero no surge para los griegos en el vacío. El uso de este instrumento ya habían comenzado a desarrollarse en el Este del Mediterráneo y la forma en que se lo empleó estaba profundamente entrelazada con los conceptos de intercambio, justicia y reciprocidad, conceptos vigentes entre los *ciudadanos*<sup>51</sup> griegos desde mucho antes que viesen las primeras monedas que circularon en la región. Tal análisis no puede extenderse en demasía, pero aunque relativamente breve, intentará aclarar las principales razones por las que la acuñación fue recibida con tanto entusiasmo por la mayoría de las polis, explicar su penetración en la vida de las comunidades y sus efectos más notables, con el convencimiento de que

---

<sup>49</sup> “Lo que nos turba al volver a leer a los clásicos no es tanto que ellos supieran identificar de forma esencial algo verdadero y terrible, sino que nosotros, más de dos mil años más tarde, perseveremos en nuestros errores sin haber entendido su lección (o habiéndola entendido demasiado bien).” Eco, Umberto. Los clásicos y el poder de la fuerza, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de julio de 2004.

<sup>50</sup> Hesíodo (1986, p. 78, *Trabajos y días*).

<sup>51</sup> Para tener en cuenta: hablamos de los ciudadanos, aunque metecos y esclavos son parte no escindible del sistema social heleno.

algunas de sus conclusiones ayudarán a comprender mejor nuestra propia situación frente al complejo fenómeno monetario.

Al asumir esta postura, soy consciente de que se debe formular una nueva aclaración respecto a la posición del autor acerca del debate entre quienes entienden que la historia del pensamiento económico, como la historia de la física, es “un continuo adelanto del error a la verdad” y la de aquellos que estamos convencidos (¡ya está dicho!) que es “la cabal expresión y reflejo” de las condiciones de cada época<sup>52</sup>. A buen entendedor...

### 13. *La sociedad del don frente a la incipiente “sociedad de consumo”*<sup>53</sup>

La lectura e interpretación de Homero por parte de generaciones de especialistas en literatura griega nos acercó paulatinamente a una descripción de la época arcaica válida en términos de los más modernos enfoques de índole antropológica y sociológica, pese a la incertidumbre acerca de cuándo y cómo se compusieron los poemas que se le atribuyen. Con el cuidado que le es propio, Schaps (2004, p. 71) puntualiza que nada tiene que ver el ritual del intercambio de bienes con lo que hoy llamaríamos la realización de operaciones comerciales. No se debe caer en la trampa intelectual de confundir una práctica heroica con el deseo de obtener beneficios económicos.

Esto no quiere decir que no haya habido comerciantes en los mundos micénico y homérico, pero se distinguen claramente de los héroes. Estos últimos daban y recibían regalos, pero el darlos y recibirlos no tenía necesariamente la idea implícita de una retribución obligatoria o de equivalencia de los dones efectuados. Con el ánimo de facilitar la interpretación de esta pauta de conducta, cabe mencionar que no estamos aquí frente a una característica exclusivamente helena, pues existen otros casos ejemplares, como el de la civilización azteca, analizado por G. Bataille<sup>54</sup>:

*“Era una de las funciones del soberano, del “jefe de los hombres”, que disponía de inmensas riquezas, el librarse a un despilfarro ostentatorio. ... El soberano era solamente el más rico, pero, cada cual, según sus fuerzas, a su imagen, los ricos, los nobles, los “mercaderes”, tenían que responder a la misma espera”.*

Basado en la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, escrita por el misionero e historiador hispano fray Bernardino de Sahagún (¿1500?–1590),

---

<sup>52</sup> Stark, W. *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1961. Recomendamos su lectura.

<sup>53</sup> Permítaseme la chanza.

<sup>54</sup> Bataille, Georges (1974, p. 105 y sig.).

Bataille describe en detalle las modalidades de comportamiento de los ricos y su prodigalidad ritual, deteniéndose especialmente en la relación entre los nobles y los “mercaderes” (siempre pone entre comillas el término mercaderes) por razones que también demandan que hagamos aquí un alto en nuestra ruta, para que el lector disponga de los elementos de juicio indispensables para comprender los tres planos (si no más) que aquí se entremezclan, sin que tengamos clara conciencia de ello. Por un lado los cronistas (como fray Bernardino) relatando costumbres que, según Bataille, debieron sorprender a los españoles, que por “solidaridad de clase” no podían evitar el distinguir a los nobles por sobre los mercaderes, juzgando –cual personajes homéricos– que los negocios envilecían, aunque implicasen riesgo. Pero esta opinión pareciera basada en un erróneo juicio acerca de la motivación de los grandes mercaderes, que en Méjico “no seguían exactamente la regla del beneficio”, pues su operatoria era ajena al convencional encuentro de ofertas y demandas de bienes en ferias o mercados (p.107): “El ‘mercader’ azteca no vendía, sino que practicaba el **intercambio por donación**”.

En pocas palabras, el soberano hacía el don de riquezas al mercader, quien a su vez los donaba a los señores de las regiones que visitaba. El punto a tener en cuenta es que aquél que recibía la donación sentía la compulsión moral no solo de corresponder al donativo (no hacerlo hubiese sido un baldón para el que faltase a ese mandato social) sino de, en lo posible, superarlo. Estamos aquí en las antípodas del “**homo economicus**”, guiado en todas sus decisiones por el “**costo de oportunidad**” y capaz de ser el más **racional** de los animales. Este es un hito en nuestra hoja de ruta que vale la pena remarcar, pues señala un camino de investigación a recorrer con provecho. Para cerrar este aparte compartamos la cita que hace Bataille de fray Bernardino:

*‘Pero si “algún mercader llegaba a la fortuna y se tenía por rico, daba una fiesta o un banquete a todos los mercaderes de alta categoría y a los señores, porque hubiese considerado como una bajeza el morir sin haber hecho un espléndido gasto que pudiese realzar el lustre de su persona, haciendo muestra del favor de los dioses que le habían dado todo” (p. 108)’.*

Digamos que esta es la clase de intercambio de dones a los que se refiere Homero, un asunto de suma seriedad que hacía al honor de ambos, de quien daba y de quién recibía (Schaps, 2004, p. 73). Incluso cuando un regalo no era bienvenido, su rechazo era impropio<sup>55</sup>. Nada que ver con el comercio, desdeñado por dos razones. Por una parte si quien vende vuelve al hogar

<sup>55</sup> Por supuesto, los dones también podían servir a otros fines: “Pues ya partimos la herencia y apropiándote indebidamente llevaste muchas más cosas halagando a los **reyes devoradores de regalos**...”. Hesíodo, *Trabajos y días*, Madrid, Alianza, 1986, p. 70.

con más riqueza de la que llevaba al partir, en algún punto debió trampear a la gente con la cual trató. Por la otra, sabe lo que su comprador ignora (¡no existe el conocimiento de toda la información que reclama el modelo de competencia perfecta!) y mantiene su atención en el logro de su propio beneficio.

Queda claro: la Grecia homérica, como el Méjico azteca, no hacían sus intercambios porque las partes intervinientes necesitasen, con ánimo de trueque, los bienes que cada una ofrecía a la otra, sino porque las circunstancias exigían donativos y, eventualmente, su retribución más o menos inmediata. La idea del dinero como un denominador común o medio universal de cambio no había germinado en la mente griega o, al menos, en la de sus clases dirigentes.

### La supremacía de la moneda

#### 14. Desarrollo del nuevo medio de pago

En apartados anteriores hemos consignado sintéticamente los inicios históricos de la fabricación de moneda y la evolución del escenario sociopolítico en el que los helenos del siglo VI a.C. tuvieron primero noticia y luego las primeras experiencias con la acuñación, hasta llegar a las primeras emisiones de moneda efectuadas por la polis ateniense. Sin que existan datos definitivos, se admite que en esta etapa convivieron formas monetarias con las anteriores no monetarias, si no por otra razón por el tiempo que llevó a la comunidad acostumbrarse a las nuevas modalidades. La reciente experiencia con el euro vale como antecedente, pues en los mercados de Madrid no se han dejado de manejar los montos y precios en la ya desaparecida peseta, cuyas divertidas aventuras relatara alguna vez el humorista gallego Julio Camba<sup>56</sup>.

Por otra parte, mientras la sociedad griega se monetizó con destacable rapidez, fenicios, cartagineses y egipcios siguieron manejando su economía y su intercambio sin usar moneda. Aún más llamativo es que no solo no los atrajo el nuevo instrumento, sino que en un principio ni siquiera utilizaron la moneda como tal, sino como simples trozos de plata que incluso cortaban las veces que necesitaban hacerlo, para equilibrar los pesos en la balanza que utilizaban en sus operaciones. Esta resistencia del mundo que los griegos llamaban *bárbaro* le hacen preguntarse a Schaps (2004, p. 108), lo mismo que a nosotros: **“¿Por qué fueron las monedas tan atractivas para los griegos y tan poco interesantes para sus vecinos?”**

Podemos convenir con este autor que mientras las viejas civilizaciones tenían muy bien aceitados sus mecanismos comerciales, con muchos siglos de experiencia y modalidades a gran escala que hubiese sido arriesgado y

<sup>56</sup> Camba, Julio (1923).

altamente costoso modificar, en Grecia bullía la búsqueda por nuevas formas de gobierno y administración de una flamante y compleja organización social, que conocemos con el nombre de **pólis**. Tanto la facilidad con la que el metal acuñado podía cambiar de manos, cuanto su valor uniforme, hacían a la moneda peculiarmente apropiadas para el ideario griego, aún cuando a la vez, por su intrínseca universalidad, introducía una cuña en la estructura tradicionalmente jerárquica de la sociedad en la que era aceptada con entusiasmo.

Otro punto que debemos abandonar a la natural inquietud de nuestros lectores por continuar con la investigación en profundidad que el interés del tema reclama: la moneda, inicialmente un simple instrumento para facilitar el intercambio, comienza a influir aceleradamente en el ritmo de crecimiento de las operaciones en que participa (comercio local e internacional, pagos, valorización de bienes, ahorro). En efecto, si en algo hay pleno acuerdo entre los autores (enumeremos los ya citados Schaps, Shell, Poratti, Thomson, Seaford, etc.) es en que la monetización de los mercados parece haber sido más o menos inmediata y absoluta. ¿Mercados? Nuevamente las aclaraciones indispensables para entender (interpretar) el (los) significado(s) de una palabra que se las trae, pues su traducción al griego clásico es *ágora*, esto es el lugar de reunión de los ciudadanos en asamblea para resolver disputas, no para comerciar. Pero una cosa trajo la otra y naturalmente la moneda y el mercado parecen haberse desarrollado juntos, para llegar en la actualidad a que en griego moderno *ágora* sea en castellano ni más ni menos que mercado. Un poeta menor griego (Eubulo o Eubulus, circa 360 a.C.) citado por Schaps (p. 113) dice, con ánimo satírico, que en el *ágora* (mercado) de Atenas se pueden comprar:

*“higos, oficiales de justicia, racimos de uva, nabos, duraznos, testigos (judiciales), rosas, nísperos, asado de cordero, panales de miel, arvejas, procesos judiciales, cuajadas, mirto, máquinas para el sorteo de ju-rados, tejidos azules, corderos, relojes de agua, leyes, acusaciones”.*

Al margen de la doble intención del texto, lo cierto es que ambas tareas, indispensables para la vida ciudadana (administrar la ley y abastecer la **pólis**) tenían lugar prácticamente en el mismo ámbito, en cuya vecindad inmediata es seguro que trabajaban muchos otros artesanos, dedicados a oficios como la metalurgia y la cerámica, también de primordial importancia para la comunidad. Hete aquí un ejemplo precursor de lo que hoy llamaríamos “*la organización espontánea de la economía*”, título de un libro<sup>57</sup> de Krugman en el que el autor explora las relaciones entre la economía y la llamada “teoría

<sup>57</sup> Krugman, Paul (1997).

de la complejidad”, desarrollando en él modelos matemáticos con los que busca respaldar la demostración de que las decisiones interdependientes de localización por parte de los empresarios pueden conducir a la autoorganización (en su caso policéntrica) del espacio, poniendo énfasis en: *“el concepto de sistemas de autoorganización –esto es, sistemas complejos en los que aleatoriedad y caos parecen evolucionar de una manera espontánea hacia un orden insospechado”*.

Con una terminología ya casi olvidada, podríamos hablar también del “polo de desarrollo” para la economía ateniense implícito en el crecimiento de la actividad económica en el ágora, que situada a poco más de un tiro de piedra del emplazamiento religioso sito en la cima de la Acrópolis, pasó de las trabajosas operaciones de trueque a la cuasi milagrosa instauración del accesible circuito definido por Heráclito en resonante sentencia, plena de significados: *“Todo es cambio; las cosas se tornan fuego y el fuego cosas, así como las mercancías se convierten en oro y el oro en mercancías.”*

Es muy fácil descubrir una definición precursora de los trabajos de C. Marx y su análisis de los circuitos M–D–M y D–M–D (Mercancía–Dinero–Mercancía y Dinero–Mercancía–Dinero, respectivamente)<sup>58</sup> o M–D–D–M y D–M–M–D (con los mismos significados)<sup>59</sup> que corresponden al *“proceso de cambio de la mercancía [que] se opera, por tanto, mediante dos metamorfosis antagónicas y que se completan recíprocamente: transformación de la mercancía [M] en dinero [D] y nueva transformación de este en mercancía.”* Puntualicemos que este párrafo de *El Capital* (T.1, p.66) tiene una nota al pie en la que Marx cita, en otra traducción, el mismo fragmento de Heráclito antes transcrito. Aunque me gustaría, no es posible detenernos aquí más que para ceder a la tentación de incluir otro párrafo de la misma obra (T. 1, p. 63):

*“Cosas que no son de suyo mercancías, por ejemplo la conciencia, el honor, etc., pueden ser cotizadas en dinero por sus poseedores y recibir a través del precio el **cuño de mercancías**. Cabe, por tanto, que una cosa tenga formalmente un **precio** sin tener un **valor**. Aquí, la expresión en dinero es algo puramente **imaginario**, como ciertas magnitudes matemáticas”*.

### 15. Más sobre el dinero y los atenienses

Vuelvo ahora a seguir en nuestra hoja de ruta a Schaps (p. 115 y siguientes), siempre muy prolijo en el detalle de las fuentes en las que funda sus afirmaciones, comenzando por una casi obvia, ya que el engrandecimiento del

<sup>58</sup> Marx, Carlos (1946, p. 66 y sig., 1970, p. 121 y sig.).

<sup>59</sup> Marx, Carlos (1971, p. 135).

ágora trajo como consecuencia el de la ciudad de Atenas. Es simple: comerciar en el ámbito del ágora permite a un ciudadano sin propiedades, e incluso novato en la actividad, ganar lo suficiente para mantenerse. En poco más de un siglo, esto trajo una transformación radical en la estructura económica de una polis que originalmente estaba dedicada a las actividades agrícolas, iniciando un proceso evolutivo que hoy designaríamos como desplazamiento del sector primario al de servicios y a la vez de traslado de la mano de obra desde el interior del Ática hacia la ciudad, que culmina hacia el año 431 a.C. con el comienzo de la guerra del Peloponeso, cuando según Tucídides (1990, p. 93):

*“...circundaron los atenienses su ciudad de muros en breve tiempo,... Persuadió Temístocles además a los atenienses de que acabasen la cerca de Pireo que tenían comenzada desde el año que él fuera gobernador de la ciudad, diciendo que aquel lugar era muy a propósito por tener en sí tres puertos naturales; y que juntamente con esto, aprendiendo los ciudadanos la práctica de la navegación, se hacían más poderosos por mar y por tierra. Por esta causa fue el primero que osó decir que podían apoderarse de la mar y que la debían dominar. ...No llegó a levantarse más que la mitad de la altura que él había ordenado, la cual era tal que, acabada, corto número de hombres, sin ser experimentados en guerras, la pudieran defender de numerosa armada; y los otros servir para entrar en las naves y combatir por mar. Sus proyectos referíanse principalmente a las cosas de mar, porque entendía a mi parecer que, si los Medos volvían a hacer la guerra a la Grecia, vendrían más pronto y tendrían más fácil la entrada por mar que por tierra. Por tanto, pensaba que era más conveniente tener fortificado el puerto de Pireo, que la ciudad alta y muchas veces aconsejaba a los atenienses que, si fuesen apremiados por tierra, se metiesen en este puerto y por mar resistiesen a todos. De esta manera los atenienses fortificaron su ciudad y su puerto con nuevos muros después de la partida de los Medos”.*

Lo extenso de la cita creemos está justificado por la circunstancia crucial de que revela –por boca de quien, además de historiador, fue en la ocasión soldado ateniense– que el mar había pasado a ser la clave de la subsistencia de Atenas: el mar aseguraba los mejores medios de defensa y el mar era la senda del ingreso de armas, bagajes y vituallas. Clave de todo este gran desarrollo marítimo y comercial fue la moneda.

#### *16. Una inesperada pareja: moneda y filosofía*

También lo fue de cambios profundos en el plano espiritual por su influjo en la modalidad de vida de los ciudadanos de la polis, sobre todo de las minorías más cultas, generándose un fenómeno que despertó la atención académica y que R. Seaford, de la Universidad de Exeter, investigó con referencia al papel que cupo a la monetización en lo que llama la génesis de la filosofía, teniendo

en cuenta la curiosa coincidencia de que dicha génesis tuvo lugar al mismo tiempo y en los mismos lugares en los que se cree fue inventado el proceso de la acuñación: los asentamientos griegos en Jonia (Asia Menor)<sup>60</sup>.

Tras debatir y rebatir las opiniones de especialistas de prestigio<sup>61</sup>, que ponen el acento en el costado político de la cuestión, Seafort afirma que:

*“no puede decirse que las ciudades en las que surge la preocupación filosófica en forma de cosmología hayan sido políticamente excepcionales o sin precedentes. El aspecto en el que indudablemente lo son es el económico y esto resulta especialmente cierto en el caso de Mileto, cuna de la primera interpretación cosmológica [formulada por Tales, ciudadano de esa polis e integrante del grupo de “los siete sabios”] y una de las primeras ciudades-estado en adoptar la acuñación, hacia el comienzo del siglo VI a.C., cuando era el centro comercial más poderoso del este del Mediterráneo” (p. 90).*

Entre los atractivos razonamientos en apoyo de su argumento central, elijo uno de los que considero de mayor interés: el referido a la significación filosófica de la analogía heracliteana que relaciona fuego con dinero y su conexión con el concepto de *logos*. De la cita que preside este ensayo, puede inferirse que el sabio presocrático concebía al cosmos a la manera de un fuego eterno (me intriga: ¿pensaba ya en algo como lo que nosotros denominamos energía nuclear?, ¿en una materia primordial como las partículas subatómicas, al estilo de los *quarks*?) que se transformaba en el resto de los elementos y volvía a convertirse en fuego según las reglas del *logos*.

Opina Seafort que aquí, entre otras posibles acepciones de la misma palabra, *logos* significa medida o fórmula, indicando una cantidad expresada en una abstracción, que en el siglo V a.C. tenía también una referencia monetaria. De manera que el de Éfeso plantea dos niveles de comparación cuando dice<sup>62</sup>: *“Todo es cambio (antamoibê); las cosas se tornan fuego y el fuego cosas, así como las mercancías se convierten en oro y el oro en mercancías”* (B 90). El fuego por un lado semeja a la moneda como una equivalencia universal, pero también aparece afectando (¿causando?) la transformación del universo de acuerdo con el *logos*, en un proceso constante de cambio que algunos resumen en el “todo fluye” (*pantha rhei*) que Platón, erróneamente, atribuyó a Heráclito<sup>63</sup>.

---

<sup>60</sup> Utilizamos el artículo de Richard Seafort (2003, pp. 87-117).

<sup>61</sup> Seafort menciona a J.-P.Vernant, G.E.R. Lloyd, G. Vlastos, S.C. Humphreys, P. Vidal-Naquet y A. Capizzi.

<sup>62</sup> Ver epígrafe del presente ensayo.

<sup>63</sup> Ver Bernabé, Alberto (1988, p. 118 y pp. 125-6).

Sin entrar aquí en la consideración de las categorías de los valores de uso y de cambio que introdujo Aristóteles<sup>64</sup>, cabe analizar los argumentos de Seaford sobre la novedad conceptual que trae el dinero (acoto: sin que en principio los propios usuarios fuesen conscientes de ello, tal como aún no lo somos integralmente hoy), pues en contraste con las formas previas de intercambio o apropiación –reciprocidad en los dones, trueque, saqueo, etc.– una venta por numerario, etapa mercancía–dinero (M–D) del circuito simple (M–D–M), aparece regulada por una necesidad cuantificada con precisión, por ejemplo “1 vasija = 5 dracmas”, sin que existan condicionantes tales como la obligación de obedecer a mandatos religiosos, costumbres tradicionales, las leyes o la fuerza.

Este movimiento, que combina estricta y libremente necesidades en una medida precisa, le habría revelado a Heráclito que en el dinero se corporizaba, como en el fuego, una de las dimensiones del *logos*, porque ambos tenían la potestad de transformar y de transformarse, siendo de alguna manera los factores determinantes del proceso, en una analogía a mi juicio fascinante de lo cósmico y lo económico. Para quien no esté familiarizado con el pensamiento de Heráclito e interprete que la aproximación de Seaford es demasiado audaz, parece indispensable ampliar aquí nuestro análisis de la idea de *logos* (λόγος) por su importancia dentro del esquema doctrinario atribuido a Heráclito. Dice F. Rodríguez Adrados<sup>65</sup>: “*las interpretaciones modernas llegan a una casi coincidencia en un punto central, ... que λόγος es, de una parte, la palabra o explicación o doctrina de Heráclito; y de otra parte es una «cosa» casi corpórea, una realidad objetiva inserta en el mundo*”, a la vez que existe: “*una tendencia a rechazar las interpretaciones del λόγος como ‘razón’ humana o universal*”.

Pero esto no agota el tema, pues otros autores, según la misma fuente, incorporan al *λόγος* aspectos que también son importantes para nuestros fines, tales como:

- a) “la proporcionalidad, medida y relación; no está lejos de la armonía”;
- b) “la verdad eterna consistente en la lucha o tensión de los opuestos”;
- c) “unidad de los opuestos, unidad oculta del mundo”;
- d) “es el elemento de orden, estructura u organización del mundo”.<sup>66</sup>

Si aceptamos esta última definición, tendríamos una identidad sugestiva:

**“Logos ≡ Sistema del mundo”**

<sup>64</sup> Ver Fernández López, Manuel (1998, p. 38).

<sup>65</sup> Rodríguez Adrados, F. (1992, pp. 38 a 40).

<sup>66</sup> Los autores que cita Rodríguez Adrados son, en ese orden: a) Minar, b) Gigón, c) Marcovich y d) Kirk et al.

Heráclito parece permitir la absoluta legitimidad de esta operación, no solo cuando en el fragmento 50 sostiene que:

*“Tras haber oído al Logos y no a mí es sabio convenir en que todas las cosas son una”,* sino también cuando ratifica en el fragmento 10:

*“Las cosas en conjunto son todo y no todo, idéntico y no idéntico, armónico y no armónico, lo uno nace del todo y del uno nacen todas las cosas”<sup>67</sup>.*

## **Epílogo y conclusiones**

### *17. Epílogo cuasitécnico y conclusiones (muy) provisionales*

#### *17.1. Acerca del método poco metódico*

El autor del presente ensayo admite su escasa preocupación por la observancia de todas y cada una de las reglas del canon de la correcta redacción de un trabajo que no oculta sus aspiraciones científicas. Exceso de citas, longitud impiadosa de muchas de ellas, incitación a que sea el lector no juez sino participante activo en el proceso de adquisición de conocimiento, apertura de nuevas sendas en nuestra hoja de ruta forzosamente abandonadas antes de arribar a destino, propuestas faltas de suficiente fundamento en fuentes primarias, exposición de un pensamiento de ninguna manera definitivo acerca de asuntos todavía motivo de ardua discusión, son apenas una muestra de las infracciones cometidas en nuestro trayecto. Valga como justificación, jamás como excusa, que no se trata aquí de “salvar las apariencias” en el firmamento aristotélico mediante los recursos de la astronomía ptolemaica, sino de proponer, otra vez, un giro copernicano en el pensamiento acerca del dinero.

Lamentablemente apenas he podido enunciar (las fuerzas no dan para más) algunas de las aristas de un cuerpo geométrico que se desarrolla en un espacio multidimensional y se resiste, heroicamente, a todo tipo de clasificación. De ahí las inevitables falencias antes señaladas, que responden no solo a la cada vez más extensa dimensión de la frontera de ignorancia del autor, sino a una situación que podría compararse a la de quien navegue Internet intentando apropiarse de la sabiduría universal: no disponemos hoy de un Heracles/Hércules capaz de triunfar en ese desmesurado “trabajo”.

Una última reflexión, antes de exponer las conclusiones prometidas, se refiere a que si bien no he planteado aquí la formalización explícita de este análisis, tal enfoque en manera alguna debe descartarse. Quienes hayan leído a Manuel Fernández López<sup>68</sup>, recordarán que en el “Apéndice técnico”

---

<sup>67</sup> Kirk, G. S., Raven, J.E. and Schofield (1987, pp. 273 y 277).

<sup>68</sup> Fernández López, Manuel (1998, p. 391).

a su *Historia* abajo citada postula que teorías ( $E_t$ ) y modelos ( $m_t$ ), junto con las reglas ( $R_t$ ) –que identifican el ámbito social en el que se supone válida la teoría–, son susceptibles de formulación matemática. En el caso de que la teoría bajo análisis fuese contemporánea, dicho autor entiende que puede describirse mediante la fórmula:

$$E_0 = \{m_0, R_0, e_0\} \quad (1)$$

Con la siguiente interpretación: “*La teoría económica ( $E_t$ ) tiene como objeto de estudio la realidad económica contemporánea ( $R_t$ ).*” Fundándose en esta expresión y condicionando su vigencia al campo de escritos económicos del pasado que no padezcan de contradicciones lógicas ni sean “inaplicables a realidad alguna”, entiende que (1) con subíndice  $-t$  se puede extender al horizonte histórico:

$$E_{-t} = \{m_{-t}, R_{-t}, e_{-t}\} \quad (2)$$

La fórmula (2) sirve de puente de plata para encuadrar formalmente la actividad del historiador económico, pues  $E_{-t}$  es su objeto de estudio y el de la comunidad científica que hoy por hoy integra ( $e_0$ ) valiéndose para poder realizar su trabajo de instrumentos contemporáneos ( $e_t$ ).<sup>69</sup> Tenemos entonces:

$$HE_0 = \{m_0, E_{-1}, e_0\} \quad (3)$$

Tras la puntualización de que la economía respecto de su objeto de estudio real es un lenguaje artificial, y como consecuencia la historia económica es un metalenguaje y por ende todos sus enunciados ( $HE_t$ ) son metalingüísticos, tema que merecería un desarrollo que el espacio no permite, opera con la fórmula (3) sustituyendo ( $E_{-1}$ ) por su equivalencia en (2):

$$HE_0 = \{m_0, m_{-1}, R_{-1}, e_{-1}, e_0\} \quad (4)$$

He recorrido este breve trayecto junto con nuestros lectores con el mismo propósito que el Dr. Fernández López: mostrar tentativamente “*una posible ‘división del trabajo’ científico*”, mencionando la siguiente terna de opciones:

#### i) Enfoque semántico

$$HE_0 = \{m_0, R_{-1}, e_0\}$$

<sup>69</sup> Valerse de instrumentos contemporáneos es la cuestión que cabe considerar con especial cuidado, por una parte teniendo permanentemente en cuenta los argumentos examinados en el presente ensayo y por el otro, también relevante, la pertinencia de aplicar patrones actuales a circunstancias pretéritas.

Se propone comparar modelos actuales con hechos empíricos del pasado, teniendo en cuenta que: “*La realidad es anterior al individuo*” y “*la historia, en este sentido es una gran pregunta al pasado hecha desde el presente. ‘Ogni vera storia è storia contemporanea’, decía Benedetto Croce*”<sup>70</sup>. Lo que se remarca en el presente ensayo es la necesidad de no recortar el ámbito de esa realidad y de organizar un esfuerzo interdisciplinario para aproximarnos a la verdadera trascendencia de los hechos y su correcta interpretación.<sup>71</sup>

## ii) Enfoque pragmático

$$HE_0 = \{m_0, e_{-t}, e_0\}$$

Privilegia el aspecto biográfico: hechos y escritos de los economistas. Aquí me interesa la veracidad de las referencias y su correcta interpretación, casi siempre difícil, como lo permite apreciar el caso de Jenofonte (ver p. 5 de este ensayo).

## iii) Enfoque sintáctico

$$HE_0 = \{m_0, m_{-t}, e_0\}$$

Se focaliza en la comparación de los modelos económicos contemporáneos con los de épocas pasadas, para dirimir similitudes y diferencias. Existen trabajos muy interesantes en este campo, pero requiere extrema cautela.

## 17.2. Conclusiones (muy) provisionales

La división del trabajo científico en compartimientos que han llegado a ser estancos o poco menos, ha sido consecuencia lógica del avance del saber hasta límites insospechados hace poco más de un siglo, avance que paradójicamente ayudó a establecer las restricciones que afronta la humanidad para llegar a la verdad última acerca del cosmos, concepto que los griegos fueron los primeros en establecer y según el cual “*el mundo aparece como algo ordenado y sometido a ley*”<sup>72</sup>, enfrentando así al caos primordial que los aterraba.

Al no poder entrar en las profundidades que requeriría tan escabroso tema, enumeraré unos pocos ejemplos suficientemente demostrativos de nuestro

---

<sup>70</sup> Fernández López, M. (1988, p. 18).

<sup>71</sup> No debe escapar al esperado y curioso lector que estamos omitiendo aclaraciones respecto a algunas sutilezas con las cuales se regodean los especialistas, respecto a las diferencias entre escribir sobre la historia del “pensamiento económico”, del “análisis económico”, de las “doctrinas económicas”, de las “teorías económicas”, etc. Ver resumen en Bucheli, Mario (1996, p. 7 y sig.).

<sup>72</sup> Marías, Julián (1956, p. 10)

aserto: el teorema de Gödel, el principio de incertidumbre o indeterminación de Heisenberg, las teorías de la relatividad general y especial, la teoría cuántica, la teoría de la complejidad y sus desarrollos en las ramas de la teorías del caos y de la catástrofe, la teoría general de sistemas, la cibernética, las aplicaciones de la llamada “inteligencia artificial” y los sistemas expertos, las redes neuronales, son apenas algunos de los hallazgos intelectuales que develan esas restricciones o los intentos de respuesta para superarlas. Pero lo cierto es que están allí, que ponen fronteras a nuestro conocimiento del mundo externo y que de ninguna manera pueden ser ignoradas.

En este punto, llegamos al inevitable debate que tal situación provoca en el campo de la economía, debate que seguramente habrá quienes digan que tuvo comienzo con bastante anterioridad al siglo XIX d.C., que nosotros elegimos por ser el de la aparición concreta, en 1867, de la heterodoxia marxiana, con la publicación de *El Capital*, que lleva por subtítulo *Crítica de la Economía Política*.

No me detendré ni en la apología ni en el ataque, simplemente entraremos directamente en materia, señalando que Marx pensó en el dinero como “la forma” que refleja, adherida a una mercancía, las relaciones que median entre todas las demás mercancías. Aunque él está considerando a los metales preciosos como “mercancía general” y se opone al concepto de que el dinero sea “un mero *signo*”, me atrevo a postular que podemos hacer una lectura de las páginas 53 y 54 de *El Capital* rescatando de lo manifestado por nuestro autor una interpretación (¡oh, atrevimiento!) distinta a la suya, que esperamos que el lector comparta con nosotros tras analizar con todo cuidado los fragmentos transcritos a continuación:

*“ello envolvía ya la intuición de que la forma dinero del objeto era algo exterior a él mismo y simple forma o manifestación de relaciones humanas ocultas detrás de él. Pero al concebir como meros signos los caracteres sociales que revisten las cosas..., venimos a concebirlos, al mismo tiempo, como un producto reflejo y arbitrario de los hombres. En el siglo XVIII, gustábase de explicar las cosas de este modo para despojar, a lo menos provisionalmente, de su apariencia de misterio a las formas enigmáticas de las relaciones humanas cuyo proceso de gestación no se acertaba a descifrar”.*

Ante la comprobación de que el enigma no pudo ser resuelto y subsiste incólume hasta nuestros días, es que este ensayo expone la pretensión de que se lo tenga en cuenta como “hoja de ruta” para iniciar la primera etapa de una investigación integral interdisciplinaria acerca de cuál es la verdadera naturaleza del dinero. A tal efecto propone comenzar el inevitablemente prolongado –pero en extremo atrayente– trayecto con el estudio del fortísimo

y trascendente impacto social que trajo consigo la acuñación de monedas, invento que como pudimos ver en este intento inicial de investigación, da insólito impulso y abre nuevas fronteras a la actividad económica en el mundo heleno y, como consecuencia, simultáneamente provoca transformaciones sustanciales en la sociedad griega de la época clásica. Esta interacción sistemática genera espontáneamente una cadena de acontecimientos que se potencian a la manera de una reacción nuclear o de fenómeno típicamente caótico, que cada vez quitan más espacio al reduccionismo implícito en los criterios tradicionales de modelización.

Esto nos trae de la mano a la inevitable consecuencia: es necesario encarar un esfuerzo interdisciplinario, del que muchos hablan pero pocos practican con seriedad y convicción. Es muy claro que aquí, como en muchos campos de la actividad humana, del dicho al hecho hay mucho trecho. Razones para ello abundan:

*“En definitiva, la interdisciplinariedad (sic) tropieza con los intereses gremiales de los especialistas, las ambiciones territoriales de los académicos y el desinterés para todo lo que no sea el corto plazo de los administradores públicos. Son dificultades extrínsecas a las que hay que sumar las intrínsecas: babelización (sic) de la cultura, multiplicaciones de lenguajes especializados, proliferación de metodologías ultraespecíficas, etc.”<sup>73</sup>.*

Pero no pierdo el optimismo, en tanto y en cuanto sin duda existen espacios de discusión y análisis, incluso en el ámbito inmediato de nuestra Universidad, que están dispuestos a ser receptores de inquietudes como la expuesta. Me estoy refiriendo específicamente al Instituto de Economía Aplicada de **UCES**, que en su momento dio cabida en sus publicaciones a mi anterior trabajo sobre temas monetarios, antecedente inmediato del presente ensayo<sup>74</sup>. En su ámbito seguramente se dará la más cordial bienvenida a todas las iniciativas tendientes a poner en marcha una tarea de interés común que sin prisa pero sin pausa nos lleve a resolver un enigma no resuelto en más de dos milenios de historia: ¿Qué es realmente el dinero?

## Bibliografía

Arana, Juan. (2004). *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciencias a la maraña del saber*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.

Aristóteles (1986). *Metafísica*. Buenos Aires: Sudamericana.

---

<sup>73</sup> Arana, Juan (2004, p. 19).

<sup>74</sup> Ver información en nota al pie n° 8.

Austin, M. y Vidal-Naquet, P. (1986). *Economía y sociedad en la antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.

Bataille, Georges (1974). *La parte maldita*. Barcelona: EDHASA,

Bateson, Gregory (2001). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bernabé, Alberto (1988). *De Tales a Demócrito*. Madrid: Alianza.

Blakely, Sandra (2006). *Myth, Ritual, and Metallurgy in Ancient Greece and Recent Africa*. Cambridge University Press: Cambridge.

Bucheli, Mario (1996). *Historia del pensamiento económico*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.

Camba, Julio (1923). *Aventuras de una peseta*. Madrid: Calpe.

Canto-Sperber, Monique [Directora] (2009). *Filosofía griega 1. De Tales a Aristóteles*. Buenos Aires: Docencia.

Crespo, E. y Cardoso, M. (2011). La teoría estatal de la moneda en el contexto internacional (pp. 43–66). En *Ensayos del Instituto de Economía Aplicada (INSECAP)* (Vol. 2). Buenos Aires: UCES.

Davies, Roy & Glyn Davies (1996 & 1999). Sitio en Internet basado en: *A History of Money from Ancient Times to the Present Day* by Glyn Davies, Cardiff: University of Wales Press, 1996, <http://projects.exeter.ac.uk/RDavies/arian/amser/chrono9.html>

Eco, Umberto (5 de julio de 2004). Los clásicos y el poder de la fuerza. *Diario La Nación*, Buenos Aires.

Eliade, Mircea (1959). *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza.

Fernández López, M. (1998). *Historia del pensamiento económico*. Buenos Aires: A-Z Editor.

Fisichella, Domenico (2002). *Dinero y democracia. De la antigua Grecia a la economía global*. Barcelona: Tusquets.

Galbraith, John Kenneth (1976). *Dinero: de dónde viene... adónde va*. México: Diana.

García Gual, Carlos (1996). *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid: Alianza.

Havelock, Eric A. (1996). *La musa aprende a escribir*. Barcelona: Paidós.

Havelock, Eric A. (2002). *Prefacio a Platón*. Madrid: Machado Libros.

Heródoto (s. f.). Los nueve libros de la historia. Sitio en Internet elaleph.com.

Hesíodo (1986). *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen*. Madrid: Alianza.

Hicks, J.R. (1976). *Valor y Capital*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá.

Kirk, G.S., Raven, J.E. y Schofield, M. (1987). *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos.

Krugman, Paul (1997). *La organización espontánea de la economía*, Barcelona: Bosch,

Llanos, Alfredo (1989). *Los presocráticos y sus fragmentos*. Buenos Aires: Rescate,

Marías, Julián (1956). *Historia de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente.

Marx, Carlos (1946). *El Capital* (T. I). Méjico: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos (1970). *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid: Corazón Editor.

Marx, Carlos (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857–1858 (Vol. 1)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Menger, Carl (1892). El origen del dinero. *The Economic Journal*, junio de 1892.

Numismatic Museum (s. f.). *Common currency from Antiquity to the present day*, Atenas.

Numismatic Museum (s. f.). *The coinage of Athens*, Atenas.

Numismatic Museum (s.f.). *Common currency from Antiquity to the present day*, Atenas.

O'Connor, J.J. y Robertson, E.F. (s. f.). Artículo en MacTutor History of Mathematics Archive ([www.astroseti.org](http://www.astroseti.org)).

Ortega y Gasset, José (1955). *Obras completas* (T. VI). Madrid: Revista de Occidente.

Platón (1964). *Fedón*. Buenos Aires: Aguilar.

Poratti, Armando R. (2000). *El pensamiento antiguo y su sombra*, Eudeba, Buenos Aires.

Rodríguez Adrados, F. (1992). *Palabras e ideas* Estudios de filosofía griega, Ediciones Clásicas, Madrid, 4. El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico, p. 38 a 40.

Sachs, Joe (2008). Aristotle (384–322 BCE). *Metaphysics*. *The Internet Encyclopedia of Philosophy*. Recuperado de: <http://www.iep.utm.edu/>, 10/1/2008.

Schaps, David M. (2004). *The Invention of Coinage and the Monetization of Ancient Greece*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Seaford, Richard (2003). Monetisation and the Genesis of Philosophy. *Revista Ordía Prima de Estudios Clásicos*, 2, 87–117.

Shell, Marc (1981). *La economía de la literatura*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.

Socas, Miguel O. (2010). *¿Hacia una ‘nueva’ teoría del dinero?* (pp. 19–36). En *Ensayos del Instituto de Economía Aplicada (INSECAP)* (Vol. 1). Buenos Aires: UCES.

Stark, W. (1961). *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.

Thomson, George (1975). *Los primeros filósofos*. Buenos Aires: Siglo XX.

Tozzi, G. (1968). *Economistas griegos y romanos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Tucídides (1990). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Gredos, Madrid.

Tucídides (1998). *Historia de la guerra del Peloponeso*. México: Porrúa.

Vernant, Jean Pierre (2004). *Los orígenes del pensamiento griego*. Buenos Aires: Paidós.